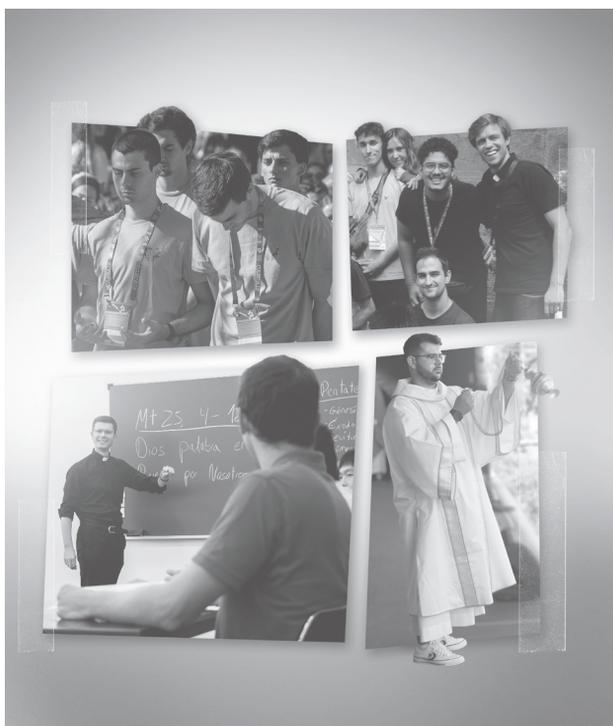


Padre, envíanos pastores

Día del Seminario 2024



Reflexión teológica

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

REFLEXIÓN TEOLÓGICA

Padre, envíanos pastores

MANUEL PALMA RAMÍREZ

Facultad de Teología San Isidoro de Sevilla

1. «Como ovejas sin pastor». Del aislamiento del yo a la misericordia

1.1. Cuando René Descartes alcanzó su famoso principio *Cogito, ergo sum*, la filosofía moderna —y, con ella, toda la cosmovisión que gestaba un cambio de época y dejaba atrás los debates escolásticos— entendió responder a un anhelo irrenunciable para la razón: ¿dónde se sitúa el comienzo de todo saber? ¿En qué fundamento racional puede establecerse, de un modo sólido, el pensamiento? Con Descartes, Occidente contesta a esas preguntas determinantes poniendo en el *origen* el «yo», dotado de la admirable capacidad de pensamiento. Únicamente a partir del «yo que piensa» y de sus ideas, podrá el ser humano relacionarse ya con el mundo que lo rodea y, en último término, con su propia realidad física. Es menester, por lo tanto, que la razón «determine» el mundo, lo *objetivice*, y que las ciencias lo reduzcan todo, con el auxilio de las matemáticas —las primeras en la jerarquía del conocimiento—, a elementos cuantificables¹. Queda entonces excluido de un discurso riguroso todo lo que no esté puesto bajo la autoridad del cálculo, cuanto no sea susceptible de ser convertido en una forma geométrica. En el colmo de este proceso, el mismo Descartes quiso exponer una metafísica que partiera de los principios matemáticos y el filósofo Baruch Spinoza propuso una ética siguiendo el modo de proceder de la geometría. El propio Kant planteó la necesidad de que la metafísica, para salir de una situación de anarquía y de luchas intestinas que determinaron, ya en el siglo XVIII, su «indiferencia», transite por el camino científico seguro que las matemáticas y la física habían consolidado. De este modo, incluso las ciencias que desde la Antigüedad clásica se habían considerado primeras y sapienciales, por ser las más universales y las

¹ P. GILBERT, *Sapere e sperare. Percorso di metafisica* (Vita e pensiero, Milano 2003), 78-80.

que fundaban las posibilidades de las demás ciencias, la metafísica, la teología y la ética, deberían ahora someterse a la forma de razonar de las matemáticas. Con el desarrollo parejo de la revolución científica, este afán de envolver con el método empírico todo saber efectivo fue ganando terreno y se volvió «exitoso». Son evidentes los progresos que las ciencias positivas han logrado para la sociedad por medio de su alianza con las matemáticas, parecieran estar en disposición de cumplir así la prescripción de Galileo Galilei de leer el libro del mundo, escrito con un lenguaje matemático.

1.2. A comienzos del siglo xx, el filósofo alemán Edmund Husserl llamó la atención sobre la «crisis» en la que, a su juicio, las ciencias europeas habían entrado y que comenzaba a poner en dificultad también a las ciencias humanas (como la psicología, la historia o la propia filosofía), las cuales, para poder rodearse del prestigio que envolvía como una aureola a las ciencias positivas, tenían la necesidad de imitar su método empírico. De este modo, el saber fue haciéndose cada vez más especializado y, anuladas las ciencias sapienciales, la visión global de la realidad y del ser humano fue perdiéndose, hasta el punto de que la sensibilidad por la verdad, que caracterizó el nacimiento de las universidades, fue desvaneciéndose y se cambió por la exactitud de un cálculo que fundaba certezas². Los intereses de la razón acabaron marcando el pensamiento y, para lograr una visión cada vez más uniforme de la realidad, se deslizaron formas sutiles de violencia con las que reducir cualquier diferencia.

1.3. Aunque la verdad tiene mucho que ver con el conocimiento, esta nunca es solo teórica. Ya san Agustín había advertido que el simple saber produce tristeza. Quien solo contempla y percibe lo que sucede en el mundo se entristece: en una realidad cada vez más determinada por la voluntad de poder, esos elementos que las ciencias y la técnica descartaron por no ser cuantificados permanecieron en una especie de incógnito, de clandestinidad, quizá sin fuerza en este universo global científico-técnico para contribuir a la vida, esto es, a permitir que cada uno llegue a ser lo que es. La vida, como han denunciado algunos filósofos contemporáneos, ha sido expulsada del saber y, con ella, la sen-

² Cf. E. HUSSERL, *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* (Prometeo, Buenos Aires 2008), 47-50. Traducción de J. Iribarne,

sibilidad, la interioridad, los otros, Dios mismo, que fue visto como la imposible proyección de los deseos de la voluntad humana³. Una sociedad privada de vida, en la que el punto de partida es un «yo», individualista, no es capaz ya de mirar «desde dentro» a los otros. Recluido en sí mismo, el ser humano es incapaz de salir de sí y ha dejado de conmovirse, no solo por la verdad, sino además por la llamada del rostro de aquellos que, atravesados por el sufrimiento, demandan una respuesta que exige la entrega, que precede a cualquier razón, a todo discurso⁴. La verdad hace bueno al ser humano y, al mismo tiempo, la bondad es verdadera. Esta situación torna difícil reconocer la dignidad del otro, que lo diferencia de los objetos de este mundo. Se establece así una distancia insalvable entre las personas que impide llegar a ponerse en el lugar del otro, en sus zapatos, a ir más allá de la *simpatía* —afección que hace permanecer siempre en el exterior, que no vincula al otro, sino que pone únicamente «al lado»— para adentrarse en una auténtica *empatía*, antesala de la misericordia evangélica. ¿Es posible entonces padecer con el otro, si se permanece absolutamente *afuera*? ¿Cómo vivir junto a él en la armonía de la verdad y del bien que tendría que guiar la realidad hacia su porvenir?

1.4. La imagen del rebaño sin pastor, dotada de una extraordinaria fuerza representativa en las palabras del buen pastor, remite a esa imposible *compasión*, que Jesús altera de un modo radical cuando «ve y siente compasión». El evangelista san Marcos ofrece un perfil de Jesús de particular intensidad, fotografiando por así decir sus ojos y recogiendo los sentimientos de su corazón: «Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor, y estuvo enseñándoles largo rato» (Mc 6,34).

Estos dos verbos: «ver» y «compadecerse», configuran a Jesús como el buen pastor. Su compasión no es solo un sentimiento humano, sino que es la conmoción del Mesías en la que se hizo carne la ternura de Dios. Y de esta compasión nace el deseo de Jesús de nutrir a la multitud con el pan de su palabra. O sea, enseñar la Palabra de Dios a la gente. Jesús ve; Jesús tiene compasión; Jesús enseña⁵.

³ Cf. M. HENRY, *La barbarie* (Caparrós, Madrid 1987), 66-72. Traducción de T. D. Moratalla.

⁴ Cf. J.-L. MARION, *Cuestiones cartesianas. I* (Buenos Aires 2011), 169-172.

⁵ FRANCISCO, *Ángelus*, 19 de julio de 2015.

2. «¡Padre!»

2.1. Al cristianismo se le concedió la *visión* de la verdadera razón, por la que todo fue creado y que, en la encarnación, se reveló como la bondad misma, hasta el punto de manifestar con su muerte y su resurrección *la sensibilidad divina* con la debilidad y el sufrimiento humano. El Verbo hecho hombre ha asumido el dolor universal: «Uno de la Trinidad ha padecido en carne». De este modo, el Hijo, al sufrir en este mundo, ha podido transmitir al Padre, sin dejar de ser él mismo, toda la carga de la muerte que afecta a la humanidad. La distancia aparentemente insalvable entre los seres humanos, que haría pensar en un rebaño sin pastor para el que la compasión es imposible, fue franqueada definitivamente por Jesucristo, el Buen Pastor, que da la vida por las ovejas. Él, al tiempo que *pasa* «por los hombres» la vía sufrimiento, *pasa* al Padre la realidad del sufrimiento de los hombres.

2.2. De esta manera, al dolor «carnal» que el Hijo del hombre ha padecido se han asociado todos los sufrimientos del ser humano, que el Redentor ha hecho suyos, pues «Cristo sigue en agonía hasta el final de los tiempos»⁶. Lo que el Hijo ha sufrido en soledad: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46), los hijos lo viven en su misericordia, *com-pasiva*. La misericordia por excelencia, la del corazón divino, se hace patente no solo porque el Padre espere al hijo pródigo y lo abrace a su vuelta cubriéndolo de dignidad y organizando para él una fiesta, sino, sobre todo, porque el Hijo de Dios ha participado del destino humano, desde su nacimiento hasta la muerte. Su ser misericordioso implica, por tanto, la capacidad de dar la vida, lo cual revela una magnitud que desborda lo imaginable. Esta entrega desemboca en el perdón, que el Misericordioso otorga como un don perfecto, como el regalo por excelencia. No se trata únicamente de que la mirada del Hijo haya percibido, antes que ellos mismos, la culpa en quienes lo condenaron y lo llevaron a la muerte —«Padre, perdónalos, *porque no saben lo que hacen*» (Lc 23, 34)—, sino que además trae consigo la posibilidad de que el culpable se convierta, cambiando así la orientación de sus vidas y de este modo permite la vida, «yo he venido para que tengan vida y la tengan en plenitud» (Jn 10,10). En el Gólgota, el Hijo de Dios aparece como el Redentor que otorga el perdón perfecto y sienta las bases de la

⁶ B. PASCAL, *Pensamientos*, 553 (ed. L. Brunschvicg).

santidad, propiciando el cambio de la orientación de la mirada, como el soldado al pie de la cruz: «Verdaderamente este era Hijo de Dios» (Mt 27,54). La misericordia, dado que su realidad es relacional, ejerce entonces una fuerza salvadora, capaz de restablecer las relaciones entre los seres humanos y de fundar la esperanza. El *ego cogito* —núcleo incommunicable de una sustancia pensante, absolutamente unida en sí misma— ha sido desbordado por la misericordia que, en el acto de comunicación de las libertades, expone al otro *la propia intimidad ética*.

2.3. El dolor de Cristo no solo abraza *con empatía* todos los sufrimientos humanos. Como Hijo de Dios, Cristo ha hecho pasado su sufrimiento a aquel de quien procedía, que en la pasión de Jesús no ha permanecido indiferente, según la conocida fórmula de Orígenes. La crucifixión deja ver que el Hijo, hasta en su muerte (especialmente en ella), no deja de invocar al Padre: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23,46).

2.4. De este modo, se revela que la muerte de Cristo no es únicamente suya: él es el pastor de sus ovejas a quien nadie puede arrebatarse la vida, pero que él da (cf. Jn 10,28), adentrándose en su propio sacrificio en un consentimiento total al Padre, por el que también los hombres de todos los tiempos, en calidad de hijos adoptivos, pueden gritar: «Abbá». La invocación del crucificado, con el que consuma su «paso», es el ejemplo de la oración cristiana, que permite entender en toda su profundidad la invocación con la que se abre la oración dominical. Por esta entrega del Espíritu, los hombres pueden dirigirse a Dios Padre: «Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: “Abbá, Padre”» (Gal 4,4-6). Situando esa palabra, Padre, «delante de cada oración como las manos del que suplica van por delante de su cara...», el Hijo ha confesado «el secreto del juicio». El poeta Charles Peguy pone en boca de Dios Padre la fuerza del poder de esa palabra que desvela su identidad más profunda: «El que es padre es sobre todo padre»; «El que ha sido padre una vez no puede ser ya más que padre»; «Mi hijo lo supo hacer muy bien para atar los brazos de mi justicia y desatar los brazos de mi misericordia [...]. Y ahora tengo que juzgarlos como un padre [...]. Ya se sabe cómo juzgó el padre al hijo que se había ido y volvió. Y todavía era el padre el que más lloraba»⁷.

⁷ Ch. PEGUY, *El misterio de los santos inocentes* (Encuentro, Madrid), 28-34.

3. «Envíanos pastores». El don del testimonio

3.1. La resurrección de Jesucristo es testimoniada por los apóstoles. El evangelio no narra un relato imaginario, que habría convertido en insensato el gozo en los ultrajes padecidos ante las gentes, las cárceles y los azotes como precio del testimonio. El testimonio de la palabra es insuficiente; sin embargo, cuando entra en juego el *testimonio del sufrimiento*, se abre paso una realidad nueva: los apóstoles dan testimonio de la resurrección de Cristo con su propia vida, porque él es el viviente, la vida misma, cosa que ellos saben con absoluta certeza⁸. El Padre, que tiene poder sobre el mundo, sobre la vida y sobre la muerte, ha respondido a la invocación de su Hijo crucificado manifestando su poder, que es la bondad que otorga la vida verdadera. El testimonio de los discípulos sobre la resurrección está fundado en el conocimiento de Jesús y el *reconocimiento de su presencia a través del amor*. Por eso, el testigo, antes que hacer algo, *debe ser*, ser un amigo de Jesús, para no transmitir conocimientos de segunda mano; ha renacido a la vida en Cristo y, por eso, pertenece a la verdad, oye la Palabra de Dios.

3.2. Y por medio del amor, el testigo que conoce: «Sabes que te amo» (Jn 21,17), ha sido *llamado a «apacentar»*, «apacienta mis corderos» (Jn 21,15), cuyo núcleo es el seguimiento: el pastor va delante del rebaño, de manera que únicamente quien va delante puede apacentar a los demás. Solo se camina delante, hacia adelante, cuando se sigue a Jesucristo, aquel que ha precedido a todos, con su muerte y su resurrección. El seguimiento implica la renuncia de la elección del propio camino, pues la voluntad se pone en manos de la voluntad de Jesús, quien tiene una precedencia real. Seguir a Jesús implica, por tanto, adentrarse en un camino que es opuesto al de la ley natural de la gravedad del *egoísmo*, de las cosas materiales, que suele confundirse con la alegría. El camino del seguimiento, a través de la agitación de las aguas, puede ser recorrido únicamente con la mirada en Jesús, que sostiene al testigo con la fuerza de la gravedad de la gracia. Seguir a Jesús no implica únicamente el asentimiento a un simple programa, es algo más que la simpatía o la solidaridad con un modelo de vida sugerente: se sigue al Hijo de Dios vivo, se avanza a través de un camino que conduce a la

⁸ cf. J. RATZINGER, *Servidor de vuestra alegría* (Herreras, Barcelona 2012).

resurrección. De esta manera, se reconoce la vocación del ser humano y es alcanzada la meta: la felicidad indestructible, la perfecta alegría.

3.3. No hay ninguna otra forma, más que la cruz, de alcanzar la comunión con Dios: «Extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará donde tú no quieres ir» (Jn 21,18). Igual que san Pedro, el pastor ya no toma las decisiones, es otro quien lo ciñe. Esta renuncia, como aquella que Pedro puso de relieve ante el Señor: «Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (Mt 19,27), no deja de ser respondida con el ciento por uno por parte de Dios. Pide solo la fe y la confianza de entregar el uno para recibir cien. Las tribulaciones sufridas por el testigo son correspondidas por Jesucristo, que devuelve a manos llenas. Al dar, los donantes se esfuerzan por no olvidar que, al menos ellos, se han dado al darse. Sin embargo, el don no se entrega verdaderamente más que abandonándose, permaneciendo don y desapego del don. Por eso entregarse es morir a todo sí mismo, para estar siempre de vuelta hacia Dios. Cristo entrega no solo lo que él es, sino también el acto mismo de darse, la posibilidad de hacerse testigo-ofrenda, *pastor*.

4. «Según el corazón de Dios»

4.1. El nombre «pastor» quiere decir «el que hace comer», haciendo pastar al ganado y destinando el ganado también como alimento al carnicero. De este modo, el cordero es un ser vivo al que alimenta un pueblo de pastores, pero es también carne que se puede y debe comer (por lo menos el día de la pascua) y que da razón de su cría. Casi de modo exclusivo el cordero tendrá además el privilegio de ser tanto inmolado como comido (Dt 14,7-8). El cordero inmolado por el sacerdote durante la pascua judía, destinado a ser imagen del Crucificado, será también asumido por Cristo glorioso: «Entonces vi, *de pie* [...] un cordero que parecía inmolado» (Ap 5, 6-7). Cristo ha ocupado el lugar del cordero inmolado, pero también se ha dado a comer como se come y se comparte el cordero pascual. El cordero inmolado y el cordero pascual que inicialmente estaban separados para diferenciar el sacrificio del primero y la consumición del segundo, poco a poco, en la espiritualidad de Israel se van identificando cuando el sacrificio exterior es sustituido por la ofrenda interior de un corazón contrito. En el famoso retablo del Cordero místico de los hermanos Van Eyck, en la catedral

de Gante, el cordero del Apocalipsis atrae hacia sí a todos los pueblos y los reúne. De él brota la sangre de la inmolación, que, con gran realismo, escapa de las lanas de su costado como río de agua viva del corazón del que fue traspasado. El Cordero, que está de pie, levantado de la región de los muertos, mostrando su vida, desliza una mirada que escruta el corazón de quien se acerca a él, pues todo el universo está llamado a ser recapitulado en él⁹.

4.2. Para llevar a cabo su obra de redención, Jesús, el Buen Pastor, tuvo que convertirse en Cordero, «el Cordero de Dios [...] que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29). Solo así pudo realizar la estupenda promesa del Salmo: «Sí, bondad y fidelidad me acompañan / todos los días de mi vida, / habitaré en la casa del Señor / por años sin término» (22,6).

Por sus ovejas, el pastor se deja conducir al matadero como un cordero: no rehúsa la muerte, no juzga, no amenaza con la muerte a los verdugos¹⁰.

Benedicto XVI señala cómo en la última cena con sus discípulos, Jesús, anunciado por el Bautista al inicio de su ministerio como el Cordero que quita el pecado del mundo, celebró la pascua poniéndose él mismo en el lugar del cordero, entregando su cuerpo y su sangre, dando su vida. «El cordero era un símbolo, expresión de expectativa y esperanza en alguien capaz de realizar lo que no podía hacer el sacrificio de un animal»¹¹.

4.3. Del corazón abierto del Cordero brotó la sangre junto con el agua, que el evangelista san Juan contempló, reconociendo «en aquel signo, aparentemente casual, el cumplimiento de las profecías: del corazón de Jesús, Cordero inmolado sobre la cruz, brota el perdón y la vida para todos los hombres»¹². El buen pastor muestra un corazón de Cordero, inmolado al Padre, misericordioso. Únicamente un corazón así puede hablarle al corazón, *cor ad cor loquitur*. En el silencio, el corazón vive del palpitar de la presencia confiable percibida por los sentidos de la fe.

⁹ cf. E. FALQUE, *Las bodas del cordero. Ensayo filosófico sobre el cuerpo y la eucaristía* (Sígueme, Salamanca), 11-20, 66-69.

¹⁰ BENEDICTO XVI, *Homilía del domingo XVI del tiempo ordinario, ciclo B*.

¹¹ BENEDICTO XVI, *Homilía santa misa in coena Domini*, 5 abril 2007.

¹² FRANCISCO, *Angelus*, 9 junio 2013.

